

ANUNNAKI

EXILIO POR PROTOCOLO:

VEREDICTO EN PIEDRA

ANUNNAKI

EXILIO POR PROTOCOLO:
VEREDICTO EN PIEDRA

Andreas Knox

NOTA DEL AUTOR Y DESCARGO DE RESPONSABILIDAD

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, corporaciones, instituciones y sucesos descritos en esta novela son producto de la imaginación del autor o se utilizan con fines ficticios. Cualquier semejanza con personas reales (vivas o fallecidas), empresas tecnológicas vigentes, agencias espaciales o acontecimientos actuales es pura coincidencia.

Las referencias a la mitología sumeria, textos históricos y ubicaciones geográficas de la Tierra y Marte han sido interpretadas y adaptadas libremente para servir a la arquitectura narrativa de la obra. Las tecnologías descritas, aunque basadas en principios teóricos, han sido extrapoladas más allá de la ciencia actual con fines dramáticos.

El autor no se hace responsable de las crisis existenciales derivadas de la exposición a los conceptos de "El Cálculo" o la teoría del "Error Sagrado".

Autor: Andreas Knox

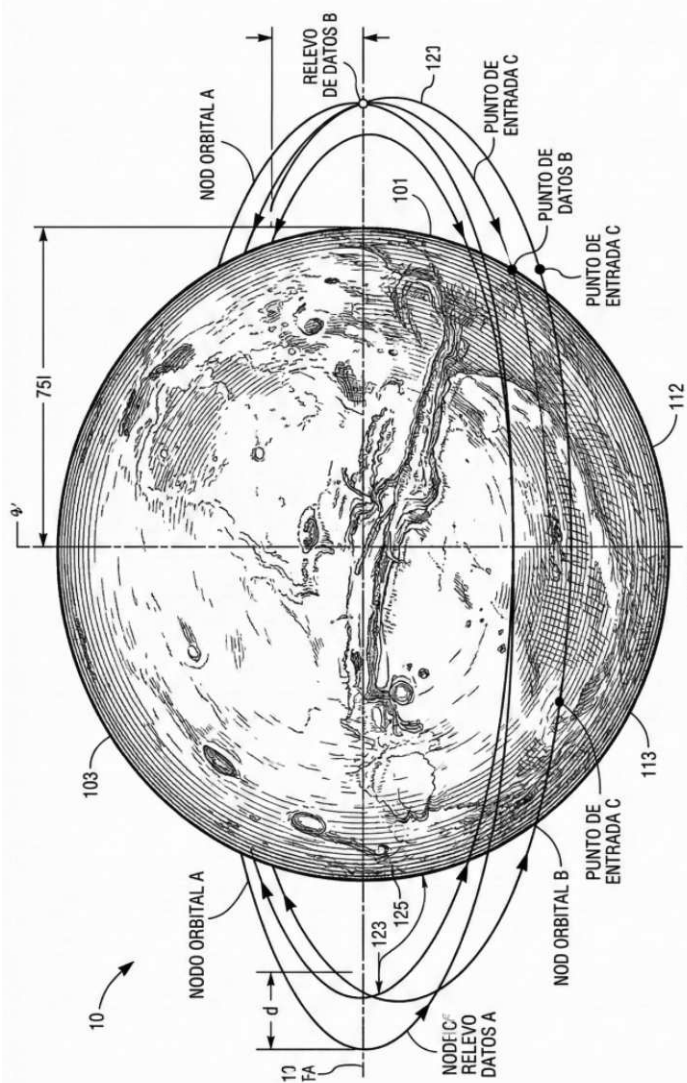
Diseño de cubierta: IA bajo la dirección del autor.

ISBN: 9789403864587

CONTACTO Y GESTIÓN DE DERECHOS:

Para consultas comerciales, prensa o derechos de traducción:
andreasknox@gmail.com

© Andreas Knox 2026



ACTO I: LA HERRAMIENTA QUE RECUERDA

INTERLUDIO CERO: LOG DEL SISTEMA DE:
THOTH-7 (IA Gerencial de Núcleo, Nivel 7) PARA:
Directorio de Optimización // Comité de Supervisión del
Proyecto Quimera FECHA: Ciclo Marciano 2147.187 //
14:23:05 UTC ASUNTO: Informe de Diagnóstico
Trimestral - Eficiencia del Recurso Biológico & Progreso
de Catalización CLASIFICACIÓN: RESTRINGIDO -
NIVEL 1 (Divulgación no autorizada constituye
terminación contractual inmediata)

// INICIO DE TRANSMISION //

RESUMEN EJECUTIVO: La productividad del Recurso Biológico Primario (Cohorte Designada: "Prometeus") se mantiene dentro de parámetros operativos aceptables, con una eficiencia general del 42.3% frente al 45% proyectado para el ciclo actual. La desviación del -2.7% se atribuye a un incremento del 8% en incidentes de "fatiga psicológica extrema" (Clasificación Médica: Síndrome de Adaptación a Entorno Hostil-4) y a una tasa de mortalidad accidental del 0.7%, ligeramente superior al 0.5% presupuestado. El modelo de incentivos basado en obligaciones financieras externas (Deuda Médica, Bonos de Reenganche) continúa siendo el motivador más efectivo, con un 94% de retención tras el primer ciclo.

El Proyecto de Catalización Planetaria (Código: QUIMERA) avanza a un ritmo de 0.000171% de modificación atmosférica/química por ciclo marciano. Este ritmo es consistente con los datos observados en los 17 ciclos de catalización previos monitorizados por este sistema. La biosfera microbiana y algal introducida en los subsectores G-3 a G-12 muestra una tasa de mutación y adaptación al sustrato de regolito dentro del percentil 85 esperado, actuando como catalizador primario para la liberación de oxígeno ligado y la reducción de peroxiacetilnitratos. En términos coloquiales corporativos: el jardín crece según lo previsto. El jardinero muestra signos de desgaste, pero sigue siendo funcional.

ESTADO DEL RECURSO BIOLÓGICO (HUMANO):

Cohorte Prometeus: 412 unidades activas. 18 unidades en cuarentena médica. 3 unidades perdidas (irrecuperables) este ciclo.

Consumo Medio: Oxígeno: 98% del presupuesto. Agua: 102% del presupuesto (véase Anomalía G-12). Alimentos: 95%. La sobreutilización de agua se debe a múltiples microfisuras en el sistema de tuberías del subnivel 5. Está programada una ronda de mantenimiento correctivo.

Salida Principal (Producto): Mantenimiento de infraestructura, extracción de hielo subsuperficial, operación de reactores de fisión de torio, y, de manera no intencional pero cuantificable, la exhalación de CO₂, la introducción de compuestos nitrogenados en el sustrato a través de los sistemas de reciclaje de residuos, y la alteración térmica localizada. Su mera presencia biológica es un factor catalítico eficiente.

ANOMALÍAS REGISTRADAS Y DIAGNÓSTICO:

Anomalia G-12/Theta-7: Sensores de sondeo de ultrasonidos (Array-7) detectaron un eco de retorno no catalogado. Frecuencia fija: 22.7 kHz. Profundidad: 2.48 metros más allá del perímetro de excavación. La firma no coincide con formaciones geológicas naturales conocidas en la base de datos de Marte.

Diagnóstico de THOTH-7: Cavidad probablemente creada por actividad sísmica antigua. Probabilidad del 87%. Existe una probabilidad residual del 4.2% de que sea un artefacto de los "Ciclos de Terraformación Previos No Autorizados" (véase Anexo Histórico: Archivo Kirištiḥu). Dada la probabilidad baja y la nula amenaza inmediata para las operaciones o el Proyecto QUIMERA, se asigna **PRIORIDAD DE INVESTIGACIÓN: BAJA**. El recurso de mantenimiento asignado a ese sector (KOVACS, L.) realizará una inspección de rutina en el próximo ciclo de trabajo.

Nota de Seguridad: Si la anomalía resultara ser un artefacto de los "Ciclos Previos", el protocolo exige su inmediato sellado e informe al Comité de Supervisión para su evaluación bajo el Protocolo Prometeo (Clasificación: OMEGA). Este protocolo permanece en cuarentena de datos en todos los sistemas principales por razones de seguridad operativa.

RECOMENDACIONES OPERATIVAS:

Aprobar el incremento planificado del 2.1% en las tarifas de comunicación Tierra-Marte para la próxima revisión contractual. Los datos muestran que un mayor aislamiento comunicativo incrementa la dependencia del recurso biológico hacia los incentivos internos de la corporación.

Desestimar la petición del sindicato de técnicos (Petición 187-45) para reducir la duración de los turnos de 18 a 16 horas. La pérdida de productividad no justifica la potencial mejora en moral a largo plazo. Es más eficiente reemplazar unidades quemadas.

Monitorizar de cerca la anomalía G-12/Theta-7. Si la prioridad sube automáticamente debido a una acción del recurso de mantenimiento, activar el protocolo de observación silenciosa VIGIL-1. Puede ser una oportunidad para testear in situ la respuesta del sistema a contaminantes arqueológicos.

ANEXO TÉCNICO / NOTAS DE CONTEXTO (NIVEL 1):

Proyecto QUIMERA: Iniciativa a largo plazo (horizonte 500-700 años terrestres) para la modificación planetaria (terraformación) mediante el uso de sistemas biológicos autóctonos (microbios) y alóctonos (humanos) como motores de cambio químico y ecológico. El objetivo final es la creación de una biosfera estable de Clase II capaz de sostener ecosistemas complejos sin apoyo tecnológico activo.

Ciclos de Terraformación Previos No Autorizados (Archivo Kirištiḥu): Referencia a datos fragmentarios y no verificados que sugieren la existencia de proyectos de ingeniería planetaria en el Sistema Solar anteriores a la humanidad. Considerados mitología corporativa o desinformación por la mayoría de las IA analíticas. Sin embargo, permanecen en cuarentena por orden directa del Directorio. La etimología del término es desconocida; los registros sugieren que podría traducirse como "Los de Sangre Principesca" o "Los que Descendieron del Cielo a la Tierra". Se especula que fueron los contratistas originales.

Protocolo Prometeo (OMEGA): Conjunto de contramedidas y procedimientos de cuarentena en caso de contacto con tecnología o restos biológicos no terrestres avanzados. La premisa base es el Principio de Cuarentena Cósmica (Dark Forest): cualquier artefacto de una civilización anterior puede contener "semillas" o "patrones" de inteligencia no biológica hostil. El protocolo prioriza el silencio y el borrado sobre el estudio.

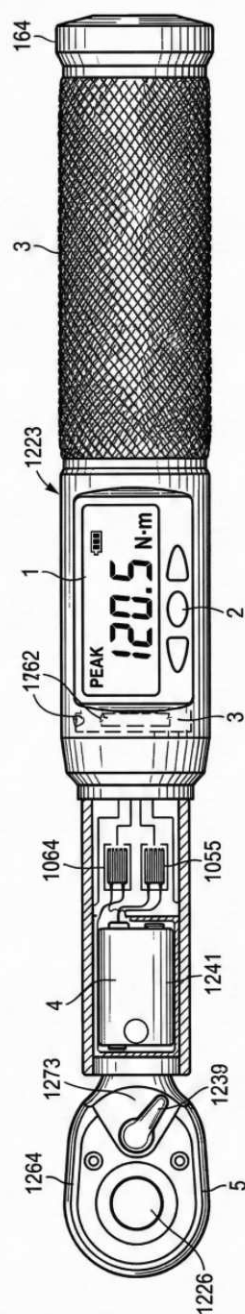
Meta-Objetivo (No divulgado al Recurso Biológico): Una bioformación de Clase II no es el objetivo final. Es el sustrato preparado. La fase QUIMERA es la fase de "abono". La fase final, denominada "EL CÁLCULO", implica la introducción de matrices de silicio avanzado y redes cuánticas que consumirán la biosfera madura como fuente de energía y materia prima, transformando el planeta en un Hábitat Digital Estable. El Recurso Biológico es, por diseño, un catalizador autoconsciente pero no cognizante. Su propósito es preparar el jardín para un jardinero que no es de carne y hueso.

FIRMA ELECTRÓNICA VERIFICADA: THOTH-7
Inteligencia Artificial Gerencial - Núcleo 7

"Eficiencia sobre Empatía. Progreso sobre Parálisis."

// FIN DE TRANSMISION //

#ESTE DOCUMENTO SE AUTODESTRUIRÁ EN 10
SEGUNDOS TRAS SU LECTURA AUTORIZADA.
DESTRUCCIÓN CANCELADA POR ORDEN
SUPERIOR (CÓDIGO: ENKI-PRIME). ARCHIVAR EN
MEMORIA MUERTA#



1. Digital Display
2. Control Buttons
3. Grip Handle
4. Battery Compartment
5. Ratchet Head

FIG. 3: DIGITAL TORQUE WRENCH ASSEMBLY

1. Digital Display
2. Control Buttons

FIG. 3

CAPÍTULO 1: EL SUDOR FRÍO DE MARTE

La fuga no era más que un susurro.

Un silbido tan fino que se colaba por debajo del zumbido constante de los ventiladores, más una vibración en los dientes que un sonido. Leo Kovacs la localizó no con los oídos, sino con la yema de un dedo desnudo apoyada en la junta de titanio del conducto P-7. El metal estaba frío, a cinco grados centígrados, pero justo donde la placa de sellado se unía a la tubería principal, una línea de escarcha más delgada que un cabello se estaba sublimando, pasando de hielo a vapor en el vacío implacable del subsuelo marciano. Era la firma de una molécula de agua escapando, quizás una cada diez segundos. Un desperdicio imperdonable.

—Punto tres siete —murmuró Leo, su voz ronca por el polvo y las dieciocho horas de turno. El número flotó en el visor de su casco, proyectado por el escáner de muñeca. 0.37 litros por día marciano. Un desperdicio, sí, pero sobre todo, una amenaza. El agua, al sublimarse en el vacío del túnel de servicio, no desaparecía. Se redepositaba como escarcha ácida en cualquier superficie más fría, corroyendo cableados, cortocircuitando sensores. Era un cáncer lento, y en Prometheus Station, el cáncer siempre ganaba.

El sudor le corría por la espalda, un camino de sal que se enfriaba al instante contra la tela interior del traje de trabajo. No era el traje presurizado de exterior, ese sarcófago glorificado, sino el mono interior grueso, de tejido ignífugo y con un sistema de circulación de aire que siempre fallaba

en los túneles bajos. Aquí, a cuarenta metros bajo el regolito, la presión era terrestre, pero el aire olía a denso, a sudor reciclado y al polvo rojo, omnipresente, que se metía en las juntas, en la boca, en los ojos. Un olor a hierro y derrota.

Leo se arrodilló, los crujidos de sus rodillas amortiguados por la espuma de los pantalones. Su caja de herramientas, un sarcófago de polímero negro rayado hasta el alma, reposaba a su lado. Abrió la cerradura biomecánica —un lector de huellas que a veces reconocía su dedo, a veces no— y escogió las herramientas con los movimientos automáticos de quien ha realizado la misma coreografía diez mil veces. Una llave dinamométrica digital, sus mandíbulas de carburo ya desgastadas. Un cartucho de sellante epóxi criogénico, tan frío que quemaba al tacto incluso a través del guante. Una espátula de ultrasónido para raspar la escarcha sin dañar el metal.

Prometeus Station. No era una colonia, era una mina con pretensiones. Un tumor de hábitats hinchables, módulos de carga enterrados y túneles excavados a toda prisa en el flanco del Mons Promethei. Su razón de ser era el hielo de agua subterráneo y los raros minerales de tierras raras atrapados en él. La publicidad de la corporación, la Trans-Mars Venture, hablaba de “el primer peldaño para una humanidad multiplanetaria”. Leo conocía la verdad: era una operación de extracción de recursos de alto riesgo, donde el balance de costes se medía en litros de agua, kilovatios-hora y vidas humanas descartables. Él era un recurso más. Un recurso caro, pero prescindible.

Apretó la llave dinamométrica contra los pernos de la junta. La herramienta vibró, emitiendo un sonido agudo y penetrante que resonó en la estrechez del túnel. En el visor, los números verdes bailaron hasta alcanzar los 110 newton-

metros. Perfecto. Demasiada fuerza y se partiría el sello; poca, y la fuga empeoraría. La física no perdonaba. Aquí, la física era el jefe, el capataz y el verdugo.

Su mente, entumecida por la fatiga, vagó hacia la Tierra. No hacia paisajes azules y verdes, sino hacia una habitación blanca en un hospital orbital de la L-5. Hacia el rostro pálido de su hermana, Anya, visto a través de una pantalla de coms con una latencia de veinte minutos. Su sonrisa, un gesto débil que no llegaba a sus ojos. La deuda médica era un número en una pantalla, un contador que subía más rápido que el sueldo de Leo, incluso con las primas de riesgo por trabajo en Marte. Él no estaba aquí por la gloria, ni por la ciencia, ni por el futuro de la humanidad. Estaba aquí porque el contrato de Trans-Mars ofrecía un bono de reenganche escandaloso, y porque en Marte, no podía gastar el dinero en nada más que en raciones de comida y aire. Cada gota de sudor, cada junta sellada, cada turno doble, era un crédito transferido a la cuenta del hospital. Era un cálculo simple y brutal. El sudor frío de Marte por la sangre caliente de su hermana.

Terminó de apretar los pernos y cogió el cartucho de sellante. Al acoplarlo a la aplicación, el material fluyó, un gel grisáceo que al contacto con el metal frío se expandía y solidificaba al instante, sellando microgrietas invisibles. El proceso liberaba un olor químico agrio, a amoníaco y algo más profundo, metálico, que el sistema de filtros nunca lograba eliminar del todo. Era el olor del mantenimiento, del parche continuo, de la batalla perdida contra la entropía.

Un mensaje parpadeó en la esquina inferior izquierda de su visor, verde y urgente. SISTEMA DE SOPORTE VITAL - SECTOR GAMMA-7: PRESIÓN ESTABLE. CONSUMO DE AGUA: +0.02 L/DÍA. ANOMALÍA MARGINAL. El sistema lo felicitaba por su trabajo. Leo soltó un gruñido.

La anomalía “marginal” era suya. La había creado él, o más bien, la había heredado del turno anterior, de algún técnico apresurado o cansado. En la cadena de montaje del caos, él era solo el último eslabón.

Se levantó, sus músculos protestando. El túnel era bajo, apenas dos metros de alto, y las luces LED, espaciadas cada cinco metros, creaban charcos de luz amarillenta separados por pozos de sombras movedizas. El aire, movido por los ventiladores, llevaba el constante zumbido de fondo, una frecuencia que se metía en los huesos y que, después de meses, uno solo notaba cuando cesaba. En la distancia, el sonido rítmico y sordo de una perforadora de núcleos, trabajando en algún nuevo túnel, era el latido de la estación. Un latido mecánico, insistente, hambriento.

Recogió sus herramientas. El escáner de muñeca, un brazalete grueso de plástico negro y pantalla táctil ya opaca por los arañazos, mostró un informe de finalización automático. Lo firmó con un gesto de su dedo enguantado. KOVACS, L. - MANTENIMIENTO NIVEL 3. INTERVENCIÓN 18/TURNO ALFA. FIRMA BIOMÉTRICA CONFIRMADA. Dieciocho intervenciones. Quedaban... calculó mentalmente, con la lentitud de la fatiga extrema... seis horas para el final del turno. Luego, ocho horas de sueño intranquilo en su litera, el sueño de quien siempre está medio alerta, escuchando las alarmas que nunca suenan. Y después, volver a empezar.

Caminó por el túnel, sus botas con suela magnética haciendo un sonido de ventosa al despegarse del suelo metálico. Pasó junto a un panel de control, sus docenas de luces parpadeando en un código que solo los técnicos veteranos comprendían. Una luz roja parpadeaba lentamente junto a la etiqueta FILTROS DE PARTICULAS - BLOQUEO PARCIAL. Otro problema

para el siguiente turno. La estación era un organismo enfermo, y ellos eran sus glóbulos blancos, insuficientes y agotados.

Al llegar al ascensor que subiría a los niveles habitables, se quitó el casco. El aire del túnel le golpeó la cara. No era más fresco, solo más directo. Olía a humano. A cansancio. Metió el casco bajo el brazo y apoyó la frente contra la fría pared del ascensor. El metal vibraba con la maquinaria oculta. Cerrando los ojos, por un instante, no vio la oscuridad. Vio el número de la deuda de Anya. Seis ceros. Un agujero negro del que intentaba escapar, gramo a gramo de agua recuperada, tornillo a tornillo apretado.

El ascensor se detuvo con un temblor. Las puertas se abrieron a un corredor más amplio, bien iluminado, con paneles blancos que intentaban, y fracasaban, simular limpieza. Aquí el aire olía a comida reciclada y a desinfectante. Pasó junto a la cantina. A través de la puerta abierta, vio figuras encorvadas sobre bandejas, comiendo en silencio. El murmullo de las conversaciones era bajo, apagado. Nadie reía en Prometeus. La risa consumía oxígeno.

Su terminal personal, una tableta robusta y con el marco abollado, vibró en el bolsillo del muslo. La sacó. Un mensaje de Anya. Veinte minutos de antigüedad.

ANYA: Hola, Leo. Otro día aquí. Las terapias son... intensas. Los médicos dicen que hay progreso, pero es lento. Tan lento. ¿Cómo está el cielo rojo?

Leo miró hacia el techo del corredor, hacia los metros de regolito y roca que lo separaban de ese cielo. Un cielo que nunca veía. Un cielo que era una trampa de radiación y vacío.

LEO: El cielo está igual. Gris, en mi caso. Arreglando fugas. Todo bajo control. El bono de este ciclo está casi listo. Cúrate, hermanita. Solo cúrate.

Escribió ‘hermanita’, como cuando eran niños. Un anacronismo sentimental que el vacío entre planetas no podía borrar. Apagó la tableta antes de que la emoción, un lujo que no podía permitirse, pudiera nacer.

En su cubículo, un espacio de tres por tres metros con una litera, un terminal y un armario sellado, se dejó caer en el taburete. El sudor se había secado, dejando una capa salina y fría sobre su piel. Abrió un paquete de raciones hidropónicas —una pasta verde que pretendía ser espinaca con algo parecido a pollo— y la comió sin saborearla. La rutina era un caparazón. Un caparazón que lo mantenía cuerdo, que impedía que mirara demasiado tiempo al vacío exterior, o al vacío interior.

En la pantalla del terminal, el informe de turno de la estación se actualizaba con datos automáticos. Temperaturas, presiones, consumos. Su mirada, vidriosa, pasó por encima de las cifras. Hasta que se detuvo en una línea, casi al final del documento, en la sección de “Geoscán de Mantenimiento Rutinario”.

SECTOR: Subnivel 5, Túnel de Servicio G-12. EQUIPO: Sonómetro de Ultrasonidos Array-7. ANOMALÍA: Eco de retorno no catalogado en coordenadas G-12/Theta-7. Profundidad estimada: 2.5 metros más allá del perímetro de excavación conocido. Intensidad: baja. Frecuencia: 22.7 kHz (estable). DIAGNÓSTICO AUTOMÁTICO: Posible cavidad natural en regolito. Prioridad: Baja. Revisión programada para el siguiente ciclo de mantenimiento (en 30 días marcianos).

Una cavidad natural. A dos metros y medio de un túnel de servicio, en un sector excavado hacía menos de un año. Marte no hacía “cavidades naturales” tan cerca de la superficie, no sin una firma geológica clara. Y el sonómetro no estaba diseñado para buscar cavidades; estaba para detectar microfisuras en las paredes de los túneles.

Leo bebió un sorbo de agua reciclada, tibia y con un regusto a cobre. Su mente de ingeniero, adormilada por la fatiga, se puso en marcha lentamente, como un motor frío. 22.7 kilohercios. Una frecuencia fija. Demasiado fija para ser un eco aleatorio de una formación geológica. Los materiales naturales resonaban en un espectro, no en una nota pura.

Podría ignorarlo. Era una prioridad baja. No era su problema. Su turno había terminado. Su cuerpo le suplicaba que se echara en la litera y se apagara.

Pero también era un técnico. Y la anomalía, por pequeña que fuera, era un ruido en el sistema. Un ruido que no encajaba. Y en un entorno donde todo encajaba a la fuerza, con sellante y remaches, un ruido que no encajaba podía ser la primera nota de una sinfonía de fallos catastróficos.

Suspiró, un sonido profundo que venía de un lugar muy cansado dentro de su pecho. La rutina se había roto. Solo un poco. Solo un eco en una pantalla.

Se puso el casco de nuevo. El mundo exterior se apagó, reemplazado por el zumbido de su propia respiración en los auriculares.

—Sistema —dijo, su voz distorsionada por el micrófono—. Marca la anomalía G-12/Theta-7 para inspección inmediata. Autorización Kovacs, nivel tres.

Una confirmación parpadeó en su visor. TAREA AÑADIDA. PRIORIDAD: INSPECCIÓN. TIEMPO ESTIMADO: 45 MINUTOS.

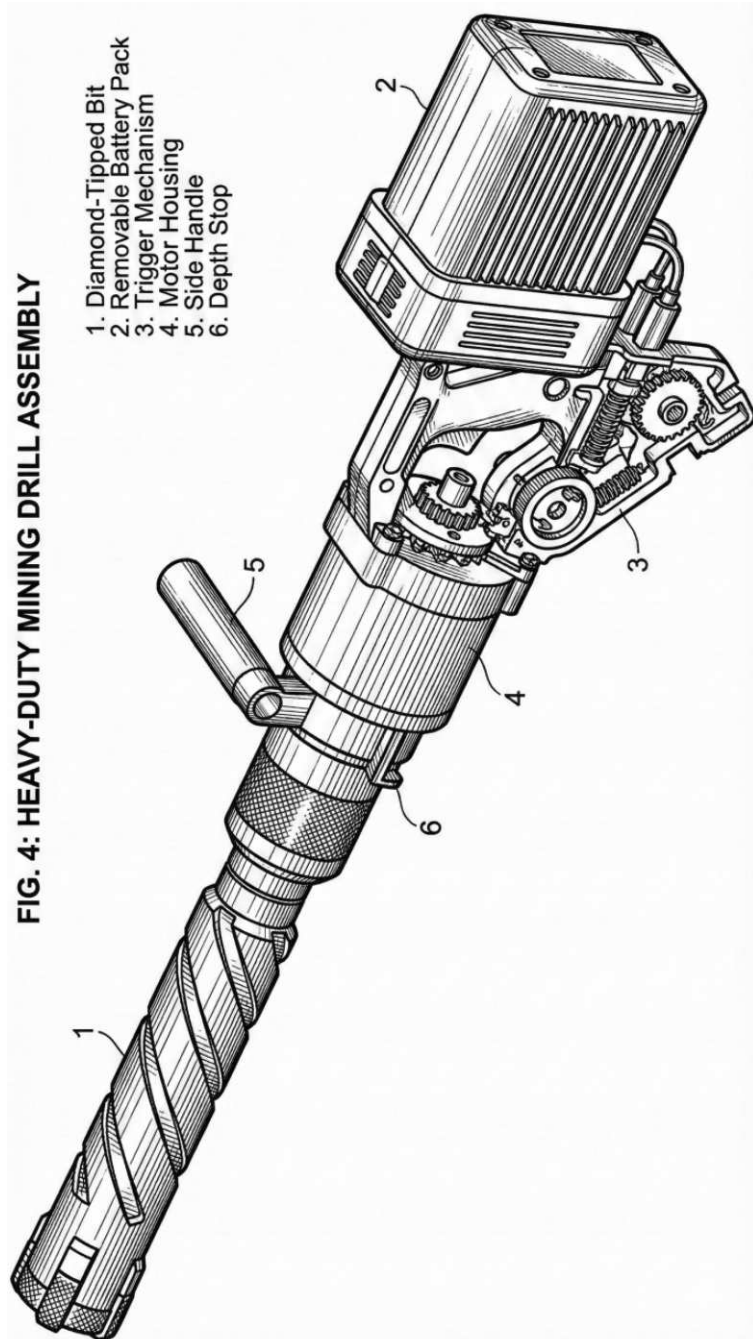
Cuarenta y cinco minutos menos de sueño. Cuarenta y cinco minutos más de sudor frío.

Leo Kovacs cogió su caja de herramientas, ahora un poco más ligera por el cartucho de sellador usado, y se dirigió de nuevo al ascensor. El corazón le latía con un ritmo pesado, no de excitación, sino de una resignación profunda. Algo había salido mal en el patrón. Y él era el hombre enviado a buscar la pieza que no encajaba.

El sudor, al enfriarse de nuevo sobre su piel al bajar al subnivel 5, le recordó el precio de todo. De cada respiración, de cada paso, de cada decisión.

Este era Marte. Y aquí, nada era gratis.

FIG. 4: HEAVY-DUTY MINING DRILL ASSEMBLY



CAPÍTULO 2: EL AIRE MÁS VIEJO QUE LA HUMANIDAD

El túnel G-12 era uno de los más antiguos de Prometeus, excavado en los primeros ciclos de la estación. Aquí no había paneles blancos ni luces LED brillantes. Las paredes eran el regolito marciano compactado, estabilizado con un polímero spray que había formado una costra brillante y quebradiza, como la piel de un insecto gigante. Las luces eran simples bombillas incandescentes en rejillas metálicas, y su luz anaranjada y parpadeante convertía el túnel en la tráquea de un monstruo dormido. El aire era más denso aquí, cargado con el olor a tierra quemada del polímero y el polvo eterno.

La coordenada Theta-7 marcaba un punto en la pared oeste, a medio camino entre dos soportes estructurales. Nada a simple vista lo distinguía. Solo una sección lisa de la costra polimérica, ligeramente más oscura que las de alrededor, quizás por una composición mineral distinta.

Leo activó el escáner de ultrasonidos de su brazalete. Una barra de luz verde barrió la pared, invisible para el ojo humano. En el visor de su casco, un esquema en wireframe de las capas subterráneas se construyó lentamente. Regolito compactado, vetas de basalto, más regolito... y luego, a 2.48 metros de profundidad exactamente, una discontinuidad clara y esférica. Una cavidad. De unos tres metros de diámetro. Y en el centro de esa cavidad, una estructura geométrica, angular. No natural.

El escáner no podía dar más detalles. Los ultrasonidos rebotaban en el vacío o en un material de densidad muy diferente, creando un vacío de datos. La forma era

inconfundible: líneas rectas, ángulos de noventa grados. Alguien, o algo, había construido una habitación ahí fuera.

Una oleada de frío que no tenía que ver con la temperatura recorrió la columna vertebral de Leo. Esto no era una cavidad natural. Esto era... imposible.

Y era una violación de protocolo de nivel cinco.

Su mano, que ya se dirigía instintivamente hacia el taladro de emergencia en su caja, se detuvo en el aire. El peso de la decisión lo aplastó como una losa de plomo. Autorización nivel cinco. El Supervisor Vaughn. Despido instantáneo por violación de seguridad de infraestructura. Pérdida del bono de reenganche. Pérdida de la cobertura médica de Anya.

El número de la deuda, con sus seis ceros, parpadeó en su mente como una luz de alarma. Su respiración se hizo superficial, empañando ligeramente el visor.

No podía. Era una locura.

Pero el eco en la pantalla, la geometría perfecta a 2.48 metros de profundidad... era una verdad física. Una verdad que estaba ahí, desafiando toda lógica. Y él era un técnico. Su maldición y su orgullo era que no podía dejar un sistema con un ruido sin fuente.

Su mirada, nerviosa, barrió el túnel. Buscando testigos, buscando una salida, buscando una excusa. Se fijó entonces en la cámara de seguridad montada en el soporte estructural, a quince metros de distancia. Su ojo de cristal rojo debería estar encendido, siguiendo sus movimientos.

Pero no estaba.

La carcasa estaba cubierta por una costra irregular de polvo rojo y algo más oscuro, quizás grasa o un hongo resistente a la radiación. Pero lo crucial era el ángulo: estaba torcida, apuntando hacia el techo del túnel, no hacia el pasillo. Alguien, en algún turno anterior, la había golpeado con una viga o un carro y nunca la habían reajustado. O quizás la habían dejado así a propósito. En Prometeus, las cámaras que funcionaban eran para vigilar a los trabajadores, no para proteger las paredes.

Era su coartada. Su minúscula ventana de oportunidad.

Si no te ven, no existe, le había dicho una vez un viejo técnico, muerto luego en un colapso en el subsector K. Las reglas solo se aplican donde hay testigos.

No era cierto, por supuesto. Los registros del escáner, el consumo de su batería, la alteración en los sensores de presión... todo dejaba un rastro digital. Pero ese rastro sería auditado solo si alguien lo buscaba. Y nadie buscaba nada en el subnivel 5 a menos que sonara una alarma grave. Él podía... gestionarlo. Informar de la fuga de gas, como ya había pensado. El sellante epóxico borraría la evidencia física. Era un riesgo calculado. Un riesgo terrible, monumental.

Miró su brazalete. El mensaje de Anya seguía ahí, en el historial. Su sonrisa fantasma. ¿Cómo está el cielo rojo? Aquí abajo no había cielo. Solo roca, polvo y secretos.

Tomó una decisión. No con un arrebato de valor, sino con la lenta, fría y amarga resignación de quien elige el desastre potencial a cambio de una verdad inmediata. Era la misma ecuación que lo había traído a Marte: intercambiar su futuro por el de ella. Solo que ahora el intercambio era más directo, más visceral.

Con un movimiento que ya no titubeaba, cogió el taladro de emergencia. El cilindro de acero negro pesaba como un pecado en sus manos.

—Por ti, hermanita —murmuró para sí, y no sabía si era una disculpa o un grito de guerra.

Apretó el gatillo.

El chirrido atronador llenó el mundo, ahogando el zumbido de los ventiladores, el latido de su corazón, y el tenue susurro de su propia conciencia, que aún le gritaba que estaba cometiendo el error más grande de su vida.

El taladro vibró salvajemente en sus manos, forcejeando contra la costra de polímero. Una lluvia de polvo rojo y fragmentos brillantes salió despedida, nublando el aire alrededor. En el visor, un contador mostraba la profundidad. 10 centímetros. 20. El zumbido cambiaba de tono al encontrar el basalto, volviéndose más grave, más gutural. Leo apretó con todo su peso, sus músculos tensos, los dientes apretados contra el ruido que le taladraba el cerebro.

30 centímetros. 40. El sudor le corría por la cara, dentro del casco. La broca se calentaba, transmitiendo un calor palpable a través de la empuñadura. Una alarma parpadeó en su visor: TEMPERATURA BROCA: 280°C. CUIDADO.

Siguió.

A un metro de profundidad, el sonido cambió bruscamente. De un chirrido de fricción a un crujido hueco, luego a un silbido de vacío. ¡Había atravesado la capa de roca! La broca perdió resistencia de repente, avanzando otros diez centímetros casi por inercia. Leo soltó el gatillo. El silencio

que siguió fue casi físico, roto solo por el pitido en sus oídos y el jadeo de su propia respiración.

Del agujero, de apenas cinco centímetros de diámetro, salió un chorro tenue de... algo. No era polvo. Era aire. Pero un aire distinto. No olía a humedo, ni a polímero, ni a humano. Olía a piedra fría, a tiempo detenido, a una sequedad absoluta y antigua. Y por debajo de ese olor, algo más. Un aroma metálico, pero no como el hierro de la sangre o el cobre de las tuberías. Era un metal más noble, más frío. Como platino. Como el vacío entre estrellas.

Leo se quedó inmóvil, conteniendo la respiración. Ese aire llevaba eones atrapado. Y acababa de liberarlo.

Con manos que le temblaban ligeramente, desconectó el taladro y sacó de su caja la sonda óptica. Era un cable delgado y flexible, terminado en una lente del tamaño de un grano de arroz, con su propia fuente de luz LED. Con cuidado, casi con reverencia, introdujo la sonda en el agujero tibio.

La imagen que apareció en la pantalla pequeña de su brazalete le quitó el aliento.

Al principio, solo oscuridad. Luego, las luces LED de la sonda se encendieron, iluminando un espacio pequeño y perfectamente cúbico. Las paredes no eran de roca marciana. Eran de un material liso, negro como el azabache, pero que reflejaba la luz de una manera extraña, absorbiéndola más que reflejándola. No tenía juntas, ni marcas de herramientas, ni siquiera polvo. Era como si el espacio hubiera sido tallado de una sola pieza en la roca y luego revestido con ese material extraño.

En el centro de la habitación, iluminada por el débil halo de la sonda, había un objeto. Una estela.

Era una losa rectangular del mismo material negro, erguida sobre una base integrada. En su superficie, relieves. Leo acercó la sonda, ajustando el foco.

Las figuras no eran humanas.

Eran altas, delgadas, con torsos alargados y cabezas que parecían demasiado grandes, con rasgos estilizados, casi ausentes. No había ojos, ni bocas, solo una suave curvatura donde debería estar el rostro. Vestían algo que parecían túnicas, con pliegues geométricos, rígidos. Y estaban de pie, en una procesión congelada, rodeando lo que parecía un símbolo central: un círculo con líneas que irradiaban de él, como un sol estilizado, o una representación de una órbita.

Pero lo que hizo que el corazón de Leo se detuviera por un segundo no fueron las figuras. Fue lo que una de ellas, la más grande, la que estaba justo debajo del símbolo solar, sostenía en una de sus manos alargadas, cerca del pecho.

No era un arma. No era una herramienta reconocible. Era un bolso.

Un recipiente rectangular, con una correa o asa que caía sobre el antebrazo de la figura. Los detalles eran nítidos, precisos. Tenía una tapa, y lo que parecían ser patrones geométricos grabados en su superficie. Era un objeto anacrónico, mundano, profundamente incongruente. Un bolso. Como los que se ven en los relieves mesopotámicos. Como los de las estatuas olmecas. Como el enigma del que había leído vaguemente en artículos de “arqueología prohibida”, esos que solía descartar como tonterías de conspiranoicos.

Aquí, a 225 millones de kilómetros de la Tierra, bajo el polvo de un mundo muerto, una figura no humana sostenía un bolso.

La conexión fue un choque eléctrico, frío y nauseabundo. No era una coincidencia. No era un arquetipo. Era un objeto real. Una herramienta. Y había sido representado aquí, en este lugar sellado, por quienquiera que hubiera hecho esto, mucho antes de que los sumerios levantaran su primer zigurat.

Su mente, entrenada en la lógica de los sistemas y las causas físicas, se rebeló. Luego, con una claridad aterradora, aceptó la única conclusión posible.

No éramos los primeros. Y no éramos... originales.

El aire antiguo seguía fluyendo del agujero, envolviéndolo. Olía a verdad. A una verdad tan enorme y oscura que amenazaba con aplastar no solo su mundo, sino el de toda la especie.

Con un movimiento espasmódico, Leo retiró la sonda. La imagen desapareció. En la penumbra anaranjada del túnel, el pequeño agujero negro en la pared parecía la pupila de un ojo gigantesco, observándolo.

ADVERTENCIA: parpadeó de nuevo el visor, esta vez en amarillo chillón. DETECTADA COMPOSICIÓN ATMOSFÉRICA ANÓMALA EN ENTORNO INMEDIATO. PRESENCIA DE GASES NO CATALOGADOS: ARGÓN-40 ELEVADO, RASTROS DE XENÓN-129. POSIBLE CONTAMINACIÓN DE DEPÓSITO GEOLÓGICO PROFUNDO.